

## TEMA 5. Educar a una vida buena

### Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,  
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:  
como hija, esposa y madre,  
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.  
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia  
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.  
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor  
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.  
Muéstranos tu protección de Madre  
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

### ESQUEMA:

1)	SUSCITAR LOS DESEOS: LAS NARRACIONES DE UNA VIDA GRANDE .....	1
2)	AFRONTAR LAS RELACIONES: LAS PRÁCTICAS DE FRATERNIDAD Y AMISTAD .....	2
3)	CONFIGURAR EL CORAZÓN: EL ORDEN DE LOS AMORES .....	2
4)	FORTALECER LA DEBILIDAD: AFRONTAR EL PROPIO ERROR .....	3
5)	EN ALIANZA CON EL COLEGIO Y EL MOVIMIENTO APOSTÓLICO .....	3
6)	PARA CONCLUIR .....	4
7)	CONCRETANDO .....	4
8)	Y ¿CÓMO PUEDO AMPLIAR? .....	5

\* \* \*

Cuando nació Juan Bautista, la gente, ante lo inusual del caso, se decía: “Pues ¿qué será este niño?” (Lc 1,66). Sus padres, sin embargo, bien sabían el destino al que le llamaba el Señor, pues fueron ellos los que recibieron la promesa. ¿Cómo educa quien no sabe del destino de una persona? ¿Y quien lo sabe, lo impone al niño? Ya de antiguo se discutía sobre si la educación era un “plasmear desde fuera la propia visión” o un “sacar lo mejor del hijo”. Hoy nos encontramos ante una verdadera “emergencia educativa”, como solía decir Benedicto XVI, pues aquellos que generan no solo es que no sepan transmitir a sus hijos el sentido que ha animado sus vidas, sino que han renunciado a ello, dejándoles en manos de técnicos que desconocen la grandeza de la vida. Lo esencial es entender la relación que existe entre engendrar y educar, pues quien engendra, entiende que la educación es la prolongación del dar a luz, ya que el sentido último de engendrar es engendrar a una vida buena, bella y noble.

### 1) **Suscitar los deseos: las narraciones de una vida grande**

Quien educa lo sabe bien: los porqués que el hijo va haciendo a lo largo de su vida no quieren indagar simplemente la causa inmediata de algo, sino el sentido de lo que vive y hace, se le pide y enseña. Hoy diríamos que si el educando no tiene una visión adecuada de la realidad, conforme a su edad, no encontrará el papel que él ocupa en ella y se limitará a vivir al día. Esa visión no se transmite simplemente informando, sino sobre todo, “narrando historias”. En las diversas historias que los padres cuentan a sus hijos: historias de la familia, historias de la nación, Historia Sagrada, historias inventadas, los hijos aprenden a comprender que hay algo más que lo inmediato, ya que la historia global puede fracasar o triunfar. Y que triunfe o

fracase se debe a cómo el protagonista se sitúa ante los acontecimientos. Así el educando puede “ensimismarse” y valorarse a sí mismo como alguien que está construyendo una historia: bella o bruta, ridícula o grande. Las narraciones que los padres cuentan a sus hijos abren su corazón y su mente y así les permiten desear lo noble y rechazar lo mezquino. Y es que toda narración termina su relato cuando quien la escucha la hace suya y desea los bienes que en ella se evidencian. No solo los desea, sino que los elige. Educar a través de narraciones permite a los padres ayudar al hijo a evidenciar la trama de un relato, la intriga que lo anima, no siempre evidente, y así le ayudan a resituar sus deseos y visión.

Quien narra historias y dialoga sobre ellas no está imponiendo una visión, sino que está suscitando en el hijo la destreza de la mirada: en el diálogo que toda narración suscita no solo se deja un espacio al otro, sino que ambos aprenden a ver mejor y a desear juntos. Así podemos entender que Zacarías e Isabel contarían a su hijo los relatos del Antiguo Testamento y le irían explicando poco a poco cuál fue el misterio de su origen, de manera que su hijo pudiera comprender la trama de su vida y desearla. Y así podrán los padres relatar a sus hijos su propio amor, y el modo como han llegado a ser lo que son, y a trabajar en tal o cual trabajo, para que su hijo pueda entender que él también deberá hacer grandes elecciones en la vida.

## **2) Afrontar las relaciones: las prácticas de fraternidad y amistad**

Pero al niño esto no le basta: no es suficiente comprender lo que hace noble y bella la vida, o villana y mezquina. Necesita caminar, necesita que le inicien en prácticas en las que pueda ir eligiendo poco a poco aquello que hace su vida grande y bella. De lo contrario, pueden desembocar en el escepticismo de quien, defraudado, juzga inalcanzable esa belleza intuida y deseada. Por ello el niño necesita ser iniciado de forma concreta en las relaciones que lo constituyen: en primer lugar la relación de *filiación* con sus padres, y desde ella, en la de *fraternidad* con sus hermanos. La primera viene determinada por la gratitud, conformando la gran virtud de la *pietas*, la piedad filial, gracias a la cual aprende a darse cuenta de que lo más hermoso que tenemos lo hemos recibido y así genera ese respeto ante los padres y la patria que arraigan al hijo en una historia. La segunda, la de la fraternidad, viene determinada por la colaboración activa, y configura la virtud de la justicia, aprendiendo que las cosas no son todas mías, y que a cada uno viene dado lo suyo.

Los padres educan al niño introduciéndole en la realidad relacional en la que vive, ayudándole a que tome el protagonismo que le corresponde. No le evitan la exigencia que comporta, ni le dulcifican la necesidad de respuesta. Pero le enseñan y le acompañan a dar los primeros pasos de la filiación y fraternidad.

Ha de aprender también a ser *amigo*, ya desde muy pequeño. Abriéndose a jugar con sus compañeros y aprendiendo así las virtudes propias de la amistad y la camaradería, en particular la generosidad y la fidelidad.

Todos los pasos que comportan estas relaciones el niño los aprende porque sus padres le proponen cosas concretas a realizar. Y realizándolas se va configurando el deseo, y despertando la inteligencia, y madurando la destreza.

## **3) Configurar el corazón: el orden de los amores**

De esta forma, y valiéndose de medios diversos pero orientados a un mismo fin, los padres contribuyen decisivamente a forjar el corazón de sus hijos. Para ello

es fundamental que tengan muy claras las prioridades, de modo que los afectos y las pasiones, que hacen humana la vida, no sean un caos informe sino que estén verdaderamente plasmados por la virtud. En esta tarea, el testimonio de los padres es fundamental. Porque –por poner un ejemplo–, si el hijo intuye con esa percepción inconsciente pero certera que para su padre lo primero es el fútbol, o para su madre la telenovela, no será de extrañar que un día decida, por ejemplo, dejar de ir a Misa, o no ir a visitar ya a los abuelos: al fin y al cabo, Dios no es lo primero, y tampoco la familia tiene la prioridad. El niño y la niña necesitan ver en sus padres unos afectos que construyen, y no unas fuerzas centrípetas que tensionan constantemente las relaciones.

Israel educaba el corazón a través de la memoria: “Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Deuteronomio 6,4-5); a las que el Señor añadió estas otras palabras, también del Antiguo Testamento: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Levítico 19,18: Mt 22,39-40). Nos ofrece así todo un programa de “orden de los amores”: del amor que centra una vida y del amor en donde se concretan los pasos a dar.

No son sólo palabras. Se traducen en elecciones decisivas en la vida: ir a Misa el domingo, bendecir la comida, rezar al inicio del viaje, ir a ver a los enfermos de la familia, interesarse por los familiares que se encuentran en necesidad, invitar a familiares y amigos a comer o cenar. Y porque se repiten, se configuran como prácticas familiares que ordenan el afecto en los hijos. Y en los padres.

#### **4) Fortalecer la debilidad: afrontar el propio error**

Abrir el camino de una vida grande y bella no es fácil. Y no solo porque encontramos inercias poderosas. Sino también porque nos sorprenden nuestros propios errores y mezquindades. Hay mucho pedrusco que hace tropezar. ¿Los eliminaremos del camino? Ciertamente, evitaremos caídas. ¿Y cuando caiga? ¿Repararemos nosotros el mal ocasionado? ¿Pero aprenderá así el hijo? Querían ser buenos amigos, y sin embargo se han dejado llevar por su mal genio o por la maledicencia; querían ser buenos hermanos, y saltan a la primera... Querían aprobar todo y se encuentran con una buena ristra de suspensos.

¿Cómo reacciona el padre ante el error de su hijo? ¿Lo ve desde el propio plan echado a perder, o como ocasión de reajustar la ruta y de fortalecer el gran deseo del hijo? La virtud de la fortaleza es esencial en los padres a la hora de educar a sus hijos: de otra manera se vuelven blandengues y sustituyen a los hijos impidiéndoles afrontar su propia vida.

No tiene buena fama. Pero el castigo es esencial para que el hijo comprenda que no todo se puede desear. Tampoco tiene buena fama: pero decir que no a la pretensión que los hijos tienen de que les justifiquemos en todo es decisivo para que no pierdan la memoria de la vida grande y bella. Y en esto, los padres están llamados a acompañar a sus hijos durante las diferentes etapas de la vida, en las que hay elecciones muy diversas. Si no están dispuestos a decir que no, acabarán en la complicidad con sus hijos, renunciando a ser memoria y esperanza.

#### **5) En alianza con el colegio y el movimiento apostólico**

La familia no educa sola, no puede educar sola. Necesita en primer lugar el *colegio*, donde el chaval pasa la mayor parte de su tiempo durante la semana,

donde convive con compañeros y aprende de los profesores, donde está constantemente recibiendo y donde es constantemente espoleado a introducirse en la realidad. La elección del colegio de los hijos es probablemente la más decisiva que pueden hacer los padres: no pueden elegirles los amigos, menos aún el novio o la novia, pero sí pueden –y deben– decidir quién va a colaborar en la educación de sus hijos. Por ello es fundamental la alianza educativa, en la que se comparte una misma promesa y un mismo camino, que después se va recorriendo poco a poco. Solo en una sintonía fundamental entre padres y educadores se podrá garantizar una educación sólida.

Pero la familia necesita también el *movimiento apostólico*, ese lugar donde los chavales aprenden a vivir su fe con otros chicos de su edad: es un aliado indispensable para los padres que desean con todas sus fuerzas transmitir la fe a sus hijos y que saben del bien que les hace a sus hijos compartir su fe con otros amigos. Porque cuando la fe se comparte, se hace más nuestra. Saber buscar el grupo adecuado es la mejor inversión de futuro. Saber acompañar a los hijos a que maduren en el grupo es verdadero arte. El compromiso del hijo o la hija con un movimiento apostólico (en nuestro caso: Nazaret, luego Emaús) es muchas veces un auténtico compromiso para los padres, que tantas veces se diría que se convierten en “taxistas” de sus hijos. Es el esfuerzo que merece la pena: tantas veces sucede que esta experiencia de comunión con otros jóvenes es absolutamente decisiva a la hora de afrontar las propias decisiones en la vida. Por ello el papel de los padres no es simplemente pasivo o instrumental: están llamados a colaborar con todas sus fuerzas, apoyando al movimiento apostólico que permite a sus hijos una experiencia de Dios cada vez más genuina.

Tarea hartamente delicada esa de saber acompañar a los hijos ofreciéndoles un entorno educativo y apostólico a través de las diferentes etapas de la vida. ¿No será el testimonio de los padres la pieza clave?

### **6) Para concluir**

“¿Qué será de este niño?” Sí, educar no es imponer desde fuera una idea, ni menos aún, dejar que brote espontáneamente la grandeza del niño. Ni uno ni otro dan cuenta del arte maravilloso de educar, que es generar a una vida grande. En el interactuar continuo con él, ayudándole a entrar en las relaciones que le constituyen con protagonismo, y en el narrarle historias que le permitan situarse, los padres están engendrando a la vida buena y bella a sus hijos. Conforme a la etapa concreta de su vida, necesitará narraciones y prácticas distintas; pero ellos, los padres, serán siempre el testimonio de una promesa que precede al hijo.

La “emergencia educativa” de nuestra sociedad comporta una urgencia e inteligencia nuevas en los padres. De ella depende el que nuestros hijos se abran a la grandeza de la vida, y la asuman con protagonismo.

### **7) Concretando**

1. La tarea educativa de los padres: ¿tiene un fin o se prolonga a través de las diferentes etapas de la vida del hijo?
2. ¿Por qué las narraciones tienen un valor educativo de primer orden?
3. ¿Cómo se educa la *pietas*, la piedad filial?

4. ¿Por qué el amor a Dios, y las prácticas que conlleva, tiene un valor pedagógico decisivo?
5. El arte de aprovechar las faltas de los hijos: ¿cómo se vive?
6. La “emergencia educativa” ¿qué supone para los padres y abuelos a la hora de configurara la alianza educativa? ¿Cómo vivir la emergencia educativa quienes ya no tienen hijos en edad escolar?

**8) Y ¿cómo puedo ampliar?**

- José GRANADOS – Juan Antonio GRANADOS (eds.), *La alianza educativa. Introducción al arte de vivir* (Didaskalos 1; Burgos: Monte Carmelo, 2009).
- BENEDICTO XVI, “Mensaje a la diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación” (21 de enero de 2008):  
[http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/letters/2008/documents/hf\\_ben-xvi\\_let\\_20080121\\_educazione\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/letters/2008/documents/hf_ben-xvi_let_20080121_educazione_sp.html)